

Charlotte Perkins Gilman

EL PAPEL PINTADO AMARILLO

Traducción de María José Martínez de la Cruz

ISBN 978-84-9045-123-5



Editorial Espasa Calpe

Es poco usual que la gente normal y corriente como John y yo alquile mansiones ancestrales para el verano.

Una casa colonial, una heredad... yo diría mejor una casa con fantasmas, y alcanzaría cotas de romántica felicidad, pero eso sería pedir demasiado al destino.

Aun así, me atrevería a afirmar con gran orgullo que hay algo extraño en ella.

De lo contrario, ¿por qué habría de ser tan barata? ¿Y por qué ha permanecido tanto tiempo deshabitada?

John se ríe de mí, por supuesto, pero qué, si no, podría esperarse del matrimonio. John es extremadamente práctico. Se impacienta ante la fe, siente un intenso horror a la superstición, y se burla abiertamente de cualquier conversación acerca de cosas que no puedan sentirse y verse ni ser reducidas a cifras.

John es médico, y quizás —(yo no se lo diría a ningún alma viviente, por supuesto, pero esto es papel mojado y un gran alivio para mi mente)— quizás ésa sea una de las razones por las que yo no mejoro más rápido.

Lo que ocurre es que él no se cree que yo esté enferma.

¿Y qué puede una hacer?

Si un médico de prestigio, y además tu marido, asegura a amigos y familiares que no tienes nada de importancia excepto una depresión nerviosa pasajera —una débil tendencia histérica ¿qué puedes hacer?

Mi hermano también es médico, también de gran prestigio, y dice lo mismo.

Así es que yo tomo fosfatos y fosfitos —lo que quiera que sean— y tónicos, y hago viajes, y tomo el aire, y hago ejercicio, y tengo absolutamente prohibido «trabajar» hasta que esté bien otra vez.

Personalmente, no comparto sus ideas.

Personalmente, creo que un trabajo apropiado, interesante y variado, me haría bien.

Pero ¿qué puede hacer una?

He escrito un ratito a pesar de ellos; pero me canso bastante al tener que hacerlo a escondidas, ya que de lo contrario me tendría que enfrentar a ellos.

A veces pienso que, en mi estado, sería mejor si tuviera menos oposición y más compañía y estímulo, pero John dice que lo peor que puedo hacer es meditar sobre mi propio estado, y confieso que esto siempre me hace sentir mal.

Así que dejaré eso a un lado y hablaré de la casa.

¡Qué maravilloso lugar! Muy solitario, se alza bastante lejos de la carretera, a unas tres millas del pueblo. Me recuerda esos sitios ingleses que aparecen en los libros, porque hay setos y tapias y verjas con candados, y muchas casitas separadas para los jardineros y el resto del servicio.

Tiene un delicioso jardín. Nunca había visto un jardín así, grande y sombrío, lleno de caminitos bordeados de arriates y con largos emparrados con asientos debajo.

Antes también había invernaderos, pero ahora están todos destrozados.

Al parecer había algún problema legal, algo relacionado con herederos y coherederos; de cualquier forma, el lugar ha permanecido vacío durante años.

Me temo que esto estropea mi teoría sobre los fantasmas, pero no me importa: hay algo extraño en esta casa, algo que puedo sentir.

Incluso se lo llegué a decir a John, una noche de luna clara, pero él me contestó que lo que yo sentía era una corriente, y cerró la ventana.

Algunas veces me enfado irracionalmente con John. Estoy segura que yo nunca he sido tan sensible. Creo que se debe a mi estado de nervios.

Pero John dice que si me siento así, voy a perder mi autodomínio; así que procuro controlarme —delante de él, al menos, lo cual me cansa muchísimo.

No me gusta ni pizca nuestra habitación. Yo quería una de abajo que da al pórtico y que tiene rosales en la ventana, y esas preciosas y anticuadas cortinas de zaraza, pero John no quiso ni siquiera hablar de ello.

Dijo que tenía solamente una ventana y que no había espacio para dos camas, y tampoco había otro cuarto por allí cerca en caso de que él quisiera cogerlo.

Él me cuida mucho y es muy cariñoso, y apenas me deja moverme sin su consentimiento.

Me tiene programadas todas las horas del día; se responsabiliza de todo, así que me siento vilmente desagradecida por no valorar más lo que hace.

Dijo que habíamos venido aquí solamente por mí, que aquí iba a descansar perfectamente y podría respirar todo el aire que necesitara. «El ejercicio que hagas depende de tus fuerzas, querida mía», dijo, «y tu comida, de tu apetito; pero el aire puedes aspirarlo todo el día». Así que, por esta razón, cogimos el cuarto de los niños, en la parte de arriba de la casa.

Es una habitación grande, aireada, ocupa casi toda la planta, con ventanas que miran en todas las direcciones, y aire y sol en abundancia. Fue un cuarto de niños primero y después cuarto de juegos y gimnasio, al menos eso diría yo, ya que las ventanas tienen rejas para los niños pequeños, y hay anillas y cosas en las paredes.

La pintura y el papel hacen pensar que toda una escuela de muchachos haya estado instalada en este cuarto. El papel está hecho jirones en trozos grandes alrededor de la cabecera de mi cama, hasta donde puedo alcanzar, y en un área grande en el otro lado de la habitación por la parte de abajo. Nunca en mi vida he visto un papel peor.

Uno de esos diseños extravagantes que se desparraman cometiendo todos y cada uno de los pecados artísticos.

Es tan aburrido que el ojo se confunde al seguirlo, lo suficientemente pronunciado para irritar constantemente, provocando su estudio, y si sigues esas cojas, inciertas, curvas hasta una distancia dada, de repente se suicidan, se derrumban en ángulos abyectos, se destruyen en inauditas contradicciones.

El color es repelente, casi revulsivo, un explosivo, sucio, amarillo, extrañamente desvaído por la lentamente cambiante luz del sol.

Es un naranja deslucido y hasta horrendo en algunos sitios, en otros de un enfermizo tinte sulfúreo.

No me extraña que los niños lo odieran, yo misma lo odiaría si tuviera que vivir mucho tiempo en esta habitación.

Aquí viene John, tengo que ocultar esto, —él detesta que escriba una sola palabra.

Hace dos semanas que estamos aquí, y no he tenido ganas de escribir desde ese primer día hasta hoy.

Ahora estoy sentada junto a la ventana, aquí arriba en este atroz cuarto de los niños, y no hay nada que me impida escribir todo lo que yo quiera, salvo mi falta de fuerzas.

John está fuera todo el día, e incluso algunas noches si tiene algún caso grave.

¡Me alegro que mi caso no sea grave!

Pero estos problemas nerviosos son terriblemente depresivos.

John no sabe cuánto sufro en realidad. Él sabe que no hay razón para sufrir y esto le basta.

Por supuesto, es sólo nerviosismo. Me pesa tanto el no poder cumplir con mi deber de ningún modo...

Yo quería ser una ayuda para John, un descanso y un verdadero apoyo, y aquí estoy, en cambio, convertida en una carga.

Nadie creería el esfuerzo que significa para mí hacer lo poco de que soy capaz: vestirme y recibir gente, y encargar cosas.

Es una suerte que Mary sea tan buena con el bebé. ¡Un bebé tan lindo!

Y sin embargo no puedo estar con él, me pone tan nerviosa...

Supongo que John nunca ha estado nervioso en toda su vida. ¡Así se ríe tanto de mí por lo de este papel!

Al principio quiso cambiar el papel de la habitación, pero luego dijo que yo estaba dejando que me influyera demasiado, y que nada era peor para un enfermo de los nervios que dar rienda suelta a esta clase de fantasías.

Dijo que después de cambiar el empapelado sería la pesada armadura de la cama, y luego las rejas de las ventanas, y luego la puerta que se cierra al final de las escaleras, y así sucesivamente.

—Sabes que este sitio te está sentando bien —me dijo— y realmente, querida, no me interesa renovar la casa entera sólo para un alquiler de tres meses.

—Entonces vayámonos abajo —dije yo— hay unas habitaciones tan bonitas allí...

En aquel momento me cogió en sus brazos y me llamó bendito gansito, y dijo que él se iría abajo al sótano, si yo quería, y que además mandaría que lo blanquearan.

Pero tiene mucha razón en cuanto a las camas y las ventanas y las cosas.

Es una habitación bien aireada y tan confortable, como cualquiera podría desear, y, por supuesto, yo no sería tan tonta como para incomodarle a él sólo por un capricho.

Realmente me está gustando bastante esta habitación tan grande, todo menos ese horroroso empapelado.

Por una ventana puedo ver el jardín, esas misteriosas pérgolas sombrías, esas desenfrenadas flores anticuadas, y los arbustos y los nudosos árboles.

Por otra ventana tengo una encantadora vista de la bahía y de un pequeño embarcadero privado perteneciente a la propiedad. Hay una preciosa y sombría senda que baja hasta allí desde la casa. Yo siempre me imagino que veo gente caminando por

los numerosos caminos y emparrados, pero John me ha advertido que no debo dar pábulo lo más mínimo a estas fantasías. Él dice que con mi capacidad de imaginación y mi hábito de inventar historias, una debilidad nerviosa como la mía es seguro que me conduciría a las más excitantes fantasías, y que debo usar mi voluntad y buen sentido para enfrentarme a esa tendencia. Eso intento.

A veces pienso que si me encontrara lo suficientemente bien para escribir un poco, me aliviaría de la presión de las ideas y me ayudaría a descansar.

Pero me canso mucho cuando lo intento.

Es tan descorazonador no poder disponer de ningún consejo ni tener compañía en mi trabajo... Cuando me encuentre del todo bien, John dice que va a invitar al primo Henry y a Julia a venir por una temporada; pero también dice que antes pondría fuegos artificiales en la funda de mi almohada que verme rodeada de gente tan estimulante ahora.

¡Ojalá pudiera mejorar más rápido!

Pero no debo pensar en eso. Me parece como si este papel supiera la nefasta influencia que tiene sobre mí.

Hay una parte que se repite donde una figura se descuelga como un cuello roto y dos ojos bulbosos te miran atentamente boca abajo.

Me pongo positivamente enfadada con su impertinencia y su eterna presencia. Esos ojos absurdos, inmutables, se arrastran arriba y abajo y oblicuamente, están por todas partes. Hay un lugar donde dos tiras de papel no coinciden, y los ojos suben y bajan, siguiendo la línea divisoria, uno un poco más alto que el otro.

Nunca antes he visto tanta expresión en una cosa inanimada, y todos sabemos cuánta expresión pueden tener... Cuando era niña, solía permanecer despierta y sacaba más diversión y terror de las paredes lisas y del sencillo mobiliario que la mayoría de los niños en una tienda de juguetes.

Me acuerdo de aquel simpático guiño que tenían los tiradores de nuestra vieja cómoda, y había una silla que siempre tenía el aspecto de una amiga íntima.

Solía tener la sensación de que si cualquiera de las otras cosas parecían demasiado feroces siempre podría saltar a esa silla y estar a salvo.

Al mobiliario de esta habitación no le falta más que armonía, ya que tuvimos que traerlo todo de abajo. Supongo que cuando se usaba como sala de juegos tuvieron que

sacar los muebles de los pequeños, y, no me extraña, nunca he visto destrozos como los que los niños han hecho aquí.

El papel, como he dicho antes, está arrancado a trozos, y eso que se agarraba más que un hermano; los niños debieron tener tanta perseverancia como odio.

Y luego, el suelo, que está arañado y agujereado y astillado, el mismo yeso está arrancado acá y allá, y después este pesado camastro, que es todo lo que encontramos en la habitación, parece como si hubiera estado en varias guerras.

Pero a mí me importa poco todo esto... sólo el papel.

Aquí viene la hermana de John. Un encanto que es, y me cuida tanto a mí... No debo dejar que me descubra escribiendo.

Ella es un ama de llaves perfecta y entusiasta, y no aspira a otra profesión. Sinceramente, creo que piensa que escribir es lo que me pone enferma.

Pero puedo escribir cuando ella está fuera, cuando desde mis ventanas la veo alejarse.

Hay una ventana que domina el camino, un hermoso camino serpenteante, sombreado, y otra que mira justo sobre el campo. Un campo hermosísimo, también, lleno de altos olmos y praderas aterciopeladas.

Este papel tiene una especie de sub— dibujo con un tono diferente, uno particularmente irritante, porque puedes verlo sólo con ciertas luces, y por tanto no claramente.

Pero en los lugares donde no se ha desvaído y donde el sol da directamente, allí puedo ver una especie de figura informe, extraña, provocadora, que parece esconderse detrás de ese loco y conspicuo dibujo principal.

Ahí está ya la hermana en las escaleras.

Bueno, ya pasó el cuatro de julio. La gente se ha marchado y yo estoy exhausta. John creyó que podía hacerme bien tener un poco de compañía, así que hemos tenido aquí a mamá y a Nellie y los niños pasando una semana.

Por supuesto, yo no he tenido que hacer nada. Jennie se ocupa de todo ahora.

Pero esto me cansa de todas formas.

John dice que si no mejoro más rápido me tendrá que enviar a Weir Mitchell en el otoño.

Pero yo no quiero ir de ninguna forma. Tuve una amiga que estuvo una vez en sus manos, y dice que él es exactamente igual que John y mi hermano (e incluso peor).

Además, sería una verdadera empresa ir tan lejos.

Me siento como si no mereciera la pena mover una mano para nada, y me estoy volviendo asustadiza y quejumbrosa.

Lloro por nada, lloro casi todo el tiempo.

Por supuesto que nunca lo hago cuando John está aquí, o cualquier otra persona, sólo cuando estoy sola.

Y estoy sola mucho tiempo ahora. John tiene que quedarse en la ciudad muy a menudo, cuando tiene algún caso grave, y Jennie es buena y me deja sola cuando yo quiero que me deje.

Así que paseo un poco por el jardín o abajo en el precioso caminito, me siento en el porche bajo las rosas, o me paso buena parte del tiempo tumbada aquí arriba.

Me está gustando realmente la habitación, a pesar del empapelado. Quizá debido al empapelado.

¡Lo tengo tanto en mi mente...!

Me tiendo aquí sobre esta gran cama inmóvil —está atornillada al suelo, creo— y recorro el dibujo hora tras hora. Es tan bueno como la gimnasia, lo aseguro. Empiezo, diríamos, por abajo, por el rincón por donde no ha sido tocado, y tomo la determinación por milésima vez de que seguiré ese dibujo sin sentido hasta que llegue a algún tipo de conclusión.

Conozco un poco las reglas del diseño, y sé que éste no ha sido preparado basándose en ninguna ley de radiación, alternancia, repetición, o simetría, o ninguna de esas cosas que siempre he conocido.

Se repite, claro está, a lo ancho, pero no en sentido vertical.

Mirados separadamente cada rollo, los recargados trazos y las curvas —una especie de «románico adulterado» con delirium tremens—, van deambulando de arriba abajo en aisladas columnas de fatuidad...

Pero, por otra parte, conectan de forma diagonal, y los contornos esparcidos huyen en grandes olas inclinadas de horror óptico, como un grupo de algas marinas revolviéndose en plena carrera.

El conjunto también va horizontalmente, al menos eso parece, y me quedo exhausta intentando distinguir el orden que siguen en ese sentido.

Han usado una tira horizontal para un friso, y esto aumenta maravillosamente la confusión.

Hay un punto de la habitación donde está casi intacto, y allí, cuando se desvanecen las luces oblicuas, y el sol, ya bajo, brilla directamente sobre él, puedo casi imaginarme la radiación, a pesar de todo —los grotescos interminables parecen formarse alrededor de un centro común y precipitarse de cabeza en saltos igualmente inquietantes.

Me produce cansancio seguirla. Creo que voy a dormir un rato.

No sé por qué tengo que escribir esto.

Yo no quiero.

No me siento capaz.

Y sé que John lo vería absurdo.

Pero tengo que decir lo que siento y pienso de una manera o de otra... ¡Me alivia tanto!.. Pero el esfuerzo está llegando a ser más grande que el alivio.

Ahora estoy la mitad del tiempo horriblemente perezosa, y paso tanto tiempo acostada...

John dice que no debo perder fuerzas y me hace tomar aceite de hígado de bacalao y montones de tónicos y cosas, por no hablar de la cerveza, el vino y las carnes poco hechas.

¡Mi querido John..! Me quiere tanto, y de verdad le disgusta verme enferma. El otro día intenté tener con él una conversación real, seria y razonable, y le dije cuánto me gustaría que me dejase hacer una visita al primo Henry y a Julia.

Pero dijo que yo era incapaz de ir, ni de aguantarlo cuando estuviera allí; y no pude precisamente hacerme una buena defensa, ya que estaba llorando antes de terminar.

Se está convirtiendo en un gran esfuerzo para mí el pensar de una forma clara. Será debido a esta debilidad nerviosa, supongo.

Y mi querido John me coge en sus brazos, y me lleva así arriba y me echa sobre la cama, y se sienta a mi lado y me lee hasta dejarme la cabeza exhausta.

Me dice que yo soy su amor y su consuelo y todo cuanto tiene, y que yo debo cuidarme y tener buena salud por su bien.

Él dice que nadie excepto yo puede ayudarme a salir de esto, que debo hacer uso de mi voluntad y autocontrol y no dejar que unas locas fantasías terminen conmigo.

Hay una cosa que me conforta, y es que el bebé está bien y es feliz, y no tiene que estar en este cuarto de niños con este horrible empapelado.

Si no lo hubiéramos ocupado nosotros, habría sido para esa bendita criatura. ¡Qué suerte que él se ha librado! Porque yo no dejaría que un hijo mío, una pequeña cosa impresionable, tuviera que vivir en una habitación así por nada del mundo.

Nunca había pensado en esto antes, pero es una suerte que John me hiciera quedarme aquí, después de todo, yo puedo aguantarlo mucho más fácilmente que el bebé, ya ven.

Desde luego yo nunca se lo menciono a ellos —soy demasiado astuta— pero tengo cuidado aun así.

Hay cosas en ese papel que nadie conoce salvo yo, y nadie nunca las conocerá.

Tras ese dibujo exterior, las confusas formas se van haciendo más claras cada día.

Es siempre la misma forma, sólo que repetida muchas veces.

Y es como una mujer inclinada hacia abajo y arrastrándose detrás del dibujo. No me gusta esto una pizca. Quisiera saber... empiezo a pensar... ¡Ojalá que John me sacara de aquí!

Es tan difícil hablar con John sobre mi caso, porque él es tan sabio, y porque me quiere tanto.

Pero ayer noche lo intenté.

Había luz de luna. La luna gira y brilla por todas partes, igual que lo hace el sol.

A veces odio verla, reptando tan lentamente, y siempre se mete por una ventana o por la otra.

John estaba dormido y yo no quería despertarlo, así que me quedé quieta y observaba la luz de la luna sobre el ondulante empapelado hasta que sentí un hormigueo de miedo.

La tenue figura de detrás parecía estar sacudiendo el dibujo, como si quisiera salirse de él.

Me levanté suavemente y fui a sentir y a ver si el papel de verdad se movía, y cuando volví John estaba despierto.

—¿Qué pasa, muchachita? —dijo. No vayas paseándote de esa manera, vas a coger frío.

Pensé que era una buena oportunidad para charlar, así que le dije que realmente yo no estaba mejorando nada aquí, y que quería que me llevara lejos.

—Mi querida... —me dijo. Nuestro alquiler no se termina hasta dentro de tres semanas, y no veo la forma de irnos antes.

Las reparaciones no están hechas aún en nuestra casa, y me es imposible dejar la ciudad en este momento. Desde luego, si estuvieras en peligro, podría y lo haría, pero tú estás mejor de veras, cariño, aunque no puedas verlo. Soy doctor, querida, y sé lo que me digo. Tú estás ganando peso y color, tu apetito es mejor; realmente, yo me siento más tranquilo en lo que a ti respecta.

—No peso ni un gramo más —dije yo—, ni mucho menos; y mi apetito puede que sea mejor por la noche cuando tú estás aquí, pero es peor por la mañana cuando no estás.

—¡Bendito sea su corazoncito! —dijo él, dándome un abrazo. ¡Estará tan enferma como quiera! Pero ahora es mejor que aprovechemos para dormir, y hablaremos de ello por la mañana.

—¿Y tú no te irás? —pregunté yo melancólicamente.

—¿Cómo puedo, querida? Sólo tres semanas más y haremos un agradable viajecito de unos pocos días mientras Jennie va acabando de arreglar la casa. De veras, querida, ¡tú estás mejor!

—¡Mejor...! físicamente, quizás —empecé, pero me detuve enseguida, porque él se sentó de pronto y me miró de una forma tan penetrante, como de reproche, que no pude decir una palabra más.

—Querida —dijo—, te pido, por mí y por nuestro hijo, tanto como por ti misma, que nunca, por un instante, dejes que esa idea entre en tu cabeza. No hay nada tan peligroso y tan fascinante, para un temperamento como el tuyo. Es una fantasía falsa y loca. ¿No puedes confiar en mí como médico cuando te digo esto?

Así que, por supuesto, no dije nada más sobre ese punto, y al poco nos fuimos a dormir. Él creyó que yo me había dormido primero, pero me mantuve despierta, y permanecí así durante horas, intentando decidir si ese dibujo de la superficie y el de detrás realmente se movían juntos o separadamente.

En un dibujo como ése, a la luz del día, hay una falta de secuencia, un desafío a todas las leyes, lo cual produce una irritación constante para una mente normal.

El color en sí ya es bastante feo, poco fiable y tremendamente injuriante, pero el dibujo es torturante.

Te crees que ya lo dominas, pero justo cuando ya ves la forma de seguirlo, da un salto mortal hacia atrás y ahí lo tienes: te da una bofetada, te derrumba, y te pisotea. Es como un mal sueño.

El dibujo exterior es un arabesco florido, que recuerda a un hongo. Si puedes imaginarte una seta venenosa en ristras, una cuerda interminable de hongos venenosos, en embrión y brotando en convulsiones sin fin, sí: es algo así.

¡Eso es!... a veces..!

Hay una marcada peculiaridad en este papel, una cosa que nadie parece notar salvo yo, y es que cambia conforme cambia la luz.

Cuando el sol manda sus rayos a través de la ventana que da al Este —yo siempre estoy atenta a ese primer rayo, largo, directo— entonces cambia tan rápido que casi nunca puedo creerlo.

Es por eso por lo que siempre lo estoy observando.

A la luz de la luna —cuando la hay entra durante toda la noche— yo no sabría decir si es el mismo papel.

Por la noche con cualquier tipo de luz, la del crepúsculo, el candil, o la lámpara y, lo peor de todo, con luz de luna, se convierte en rejas. El diseño exterior quiero decir, y la mujer de detrás es más real que nunca.

Durante mucho tiempo no me daba cuenta qué era lo que aparecía por detrás, esa tenue figura, pero ahora estoy completamente segura de que es una mujer.

A la luz del día ella está subyugada, quieta. Me imagino que es el dibujo lo que la mantiene tan calmada. Es tan desconcertante. Me hace estar tranquila durante horas.

Ahora estoy echada mucho tiempo. John dice que es bueno para mí, y también dormir todo lo que pueda.

En realidad, fue él quien me inició en este hábito, haciéndome que me acostara una hora después de cada comida.

Es un hábito muy malo, estoy convencida, porque, como ven, yo no duermo.

Y eso estimula el engaño, porque yo no les digo que estoy despierta, ¡de eso ni hablar!

El hecho es que estoy tomándole miedo a John.

Parece muy extraño a veces, e incluso Jennie, tiene una mirada inexplicable.

A veces me asalta la ocurrencia, sólo como una hipótesis científica... de que quizás sea el papel.

He observado a John cuando él no se daba cuenta, y a veces entra en la habitación de repente con las excusas más inocentes, y le he cogido varias veces ¡mirando el papel!, a Jennie también. Cogí a Jennie una vez con la mano sobre el papel.

Ella no sabía que yo estaba en la habitación, y cuando le pregunté con voz serena, muy serena, en la manera más retraída posible, qué estaba haciendo con el papel, ella se volvió como si hubiera sido sorprendida robando, y miró bastante enfadada, preguntándome por qué tenía que asustarla de esa manera.

Luego ella dijo que el papel manchaba todo lo que rozaba, que había encontrado manchas amarillas en toda mi ropa y en la de John, y que deberíamos ser más cuidadosos.

¿No suena esto demasiado inocente? Pero yo sé que ella estaba estudiando el dibujo, y estoy decidida a que nadie excepto yo averigüe su secreto.

La vida es mucho más emocionante ahora de lo que solía serlo antes. Claro, tengo algo más que esperar, que desear, que observar. Realmente yo como mejor, y estoy más tranquila de lo que estaba.

John está tan complacido de verme mejorar... El otro día incluso se rió un poco, y dijo que yo parecía estar floreciendo a pesar del empapelado.

Yo corté el asunto con una risita. No tenía intención de decirle que era precisamente a causa del empapelado; se habría burlado de mí. O quizá incluso podría haberme querido sacar de aquí.

Y ahora no quiero irme hasta que lo haya averiguado todo. Queda una semana aún, y espero que sea suficiente.

Me encuentro tan mejorada... No duermo mucho por la noche, pues es tan interesante observar sus movimientos; pero duermo mucho durante el día.

Durante el día resulta muy fatigoso mirarlo, y es desasosegante.

Hay siempre nuevos brotes en los hongos, y nuevas sombras amarillas por todo el papel. No puedo llevarles la cuenta, aunque lo he intentado concienzudamente.

Es un amarillo de lo más extraño, ese papel. Me hace pensar en todas las cosas amarillas que siempre he visto, pero no en las cosas bellas, como los ranúnculos, sino en las cosas viejas amarillas, asquerosas, cosas malvadas.

Pero hay algo más en cuanto al papel: ¡el olor! Lo noté en el momento que entramos en la habitación, pero con tanto aire y sol no era tan malo. Ahora hemos tenido una semana de niebla y lluvia, y estén o no las ventanas abiertas, el olor está aquí.

Se arrastra por toda la casa.

Lo encuentro flotando en el comedor, husmeando cautelosamente en el recibidor, escondido en el salón, tumbado acechándome en las escaleras.

Se mete dentro de mi pelo.

Incluso cuando salgo de paseo, si vuelvo mi cabeza de repente y lo sorprendo, ¡ahí está ese olor!

Un olor tan peculiar... además. He pasado horas intentando analizarlo, para adivinar a qué se parecía.

No es malo, al principio, y muy suave, pero de lo más sutil, el olor más persistente que nunca haya conocido.

En este tiempo tan húmedo es horrible, me despierto por la noche y lo encuentro merodeándome.

Al principio me molestaba. Pensé seriamente en quemar la casa, para acabar con ese olor.

Pero ahora me he acostumbrado. La única cosa a que puede asemejarse que se me ocurre es al color del papel: un olor amarillo.

Hay una marca muy curiosa en esta pared, por abajo, cerca del rodapié. Una raya que corre alrededor de la habitación. Va por detrás de todos los muebles, excepto de la cama, una raya larga, recta, como una mancha que hubieran arañado una y otra vez.

Me gustaría saber cómo fue hecha y quién la hizo, y para qué la hicieron. Da vueltas, y vueltas y más vueltas; me produce vértigo.

Por fin, he descubierto algo de verdad.

Vigilándolo atentamente de noche, cuando cambia así, lo he encontrado por fin.

El dibujo delantero se mueve... y, no es de extrañar: la mujer de detrás es quien lo sacude.

A veces creo que hay muchas mujeres detrás, y otras veces sólo una, y que se arrastra muy deprisa, y con su movimiento hace que todo se estremezca.

Luego en los sitios muy claros se queda quieta, pero en los lugares más sombríos ella agarra los barrotes con fuerza y los zarandea.

Y está todo el tiempo intentando salir de las barras. Pero nadie podría saltar por ese dibujo; estrangula a quien lo intenta; creo que por eso ella tiene tantas cabezas.

Ellas lo atraviesan, pero entonces el dibujo las estrangula y las vuelve cabeza abajo, y les pone los ojos blancos.

Si alguien cubriera o arrancara esas cabezas, el dibujo no haría tanto daño.

Me parece que esa mujer sale durante el día...

Y les diré por qué —entre nosotras—... ¡yo la he visto!

La veo desde cada una de mis ventanas.

Es la misma mujer, lo sé, porque ella está siempre reptando, y no todas las mujeres reptan a la luz del día.

Yo la veo en ese sombrío sendero, arrastrándose arriba y abajo. La veo entre los oscuros arbustos de vides, serpenteando por todo el jardín.

La veo reptando en esa larga carretera debajo de los árboles, y cuando se acerca un carruaje, se esconde debajo de las matas de zarzamora.

No la culpo lo más mínimo. Debe ser muy humillante que te cojan reptando a plena luz del día...

Yo siempre echo la llave de la puerta cuando repto a la luz del día. No puedo hacerlo de noche, porque sé que John sospecharía algo inmediatamente.

Y John está tan extraño ahora, que no quiero irritarle. Me gustaría que se fuera a otra habitación. Además, no quiero que nadie excepto yo descubra a esa mujer por la noche.

A menudo me pregunto si podría verla por todas las ventanas al mismo tiempo.

Por muy rápido que me vuelva, sólo puedo verla por una de las ventanas, nunca simultáneamente.

Y aunque siempre la veo, ella puede ser capaz de moverse más deprisa de lo que yo tardo en volverme.

La he observado a veces allá a lo lejos, en campo abierto, arrastrándose tan rápido como la sombra de una nube movida por un viento vigoroso.

Me gustaría que ese dibujo de la superficie pudiese quitarse de encima del otro. Estoy pensando en intentarlo, poco a poco.

He descubierto otra cosa extraña, pero esta vez no voy a decir qué es... No hay que confiar demasiado en la gente.

Quedan sólo dos días más para arrancar este papel, y creo que John está empezando a darse cuenta. No me gusta lo que veo en sus ojos.

Y le he oído hacer a Jennie muchas preguntas profesionales sobre mí. Ella le dio un informe excelente.

Dijo que yo dormía mucho durante el día.

John sabe que yo no duermo muy bien por la noche, aunque procuro no hacer ruido.

Me hizo toda clase de preguntas, a mí también, y trató de parecer muy cariñoso y amable.

¡Como si yo no lo conociera bien...!

Aun así, no me extraña que se comporte de esa manera, después de llevar durmiendo debajo de este papel durante tres meses.

Aunque esto sólo me interese a mí, estoy segura de que John y Jennie están secretamente afectados por él.

¡Hurra! Hoy es el último día, pero es suficiente. John ha tenido que quedarse de noche en la ciudad, y no saldrá hasta esta tarde.

Jennie quería dormir conmigo... (¡la muy astuta!), pero le dije que yo dormiría y descansaría mejor, sin duda, una noche completamente sola.

Y era astuto por mi parte, porque, en realidad, yo no estaba absolutamente sola... Tan pronto como hubo luz de luna y esa pobre cosa empezó a reptar y a sacudir el dibujo, yo me levanté y corrí a ayudarla.

Yo tiraba y ella lo sacudía, yo sacudía y ella tiraba, de forma que para el amanecer habíamos arrancado metros y metros de ese papel.

Una franja a la altura de mi cabeza y que da media vuelta a la habitación.

Y luego, cuando entró el sol y ese espantoso dibujo empezó a reírse de mí, me prometí que terminaría con él hoy mismo.

Nos vamos mañana, y están llevando todos mis muebles abajo, para dejar las cosas como estaban antes.

Jennie miró a la pared asombrada, pero le dije alegremente que lo había hecho por puro desprecio a la cosa viciosa.

Se rió y dijo que no le importaría hacerlo ella misma, pero que yo no debía fatigarme.

¡Cómo se traicionó al decir eso!

Pero yo estoy aquí, y nadie va a tocar este papel excepto yo... ¡nadie vivo!

Intentó sacarme de la habitación; era demasiado evidente. Pero le dije que el cuarto estaba ahora tan tranquilo, ya vacío y limpio que iba a tenderme otra vez y dormiría todo lo que pudiera; y que no me llamasen ni siquiera para comer; yo ya llamaría cuando me despertara.

Así que ahora ella se ha marchado, y los criados también, y las cosas, y no queda nada salvo el gran catre atornillado al suelo; con el colchón de lana que encontramos encima.

Esta noche dormiremos abajo, y cogeremos el barco hacia casa mañana.

Me gusta bastante la habitación, ahora que está así desnuda otra vez.

¡Cómo han destrozado los niños este lugar!

Esta cama está bien mordisqueada.

Pero debo ponerme a trabajar.

He cerrado la puerta con la llave y la he tirado al camino de delante.

No quiero salir, y no quiero que nadie entre, hasta que venga John.

Quiero dejarle atónito.

Tengo una cuerda aquí arriba que ni siquiera Jennie ha visto. Si esa mujer sale, y trata de escapar... la puedo atar.

Pero olvidé que no podría alcanzar a todo lo alto sin algo para subirme.

Esta cama... no podré hacer que se mueva...

Intenté levantarla y empujarla hasta que me quedé derrengada, y entonces me enfurecí tanto que le pegué un mordisco a una de sus esquinas, pero me hice daño en los dientes.

Luego terminé de arrancar el papel que pude alcanzar desde el suelo. Estaba demasiado pegado y el dibujo hasta disfrutaba con ello. Todas esas cabezas estranguladas y esos ojos bulbosos y los andeantes brotes de hongos gritaban de un modo burlón...

Me estoy enfadando tanto que puedo hacer algo desesperado. Saltar por la ventana podría ser un ejercicio admirable, pero los barrotes son demasiado fuertes para intentarlo siquiera.

Además yo no lo haría. Desde luego que no. Sé muy bien que un paso como ése sería inapropiado y puede ser malinterpretado.

No me gusta siquiera mirar por las ventanas; hay tantas mujeres de esas reptando y lo hacen tan rápido...

Me pregunto si todas ellas salieron de ese empapelado, como yo...

Pero yo estoy bien atada ahora con mi cuerda bien oculta, que no me vais a sacar ahí a la carretera.

Supongo que tendré que volver a meterme detrás del dibujo cuando se haga de noche, y eso es realmente duro.

Es tan agradable estar fuera en esta gran habitación y dar vueltas reptando a mi gusto...

No quiero salir afuera. No saldré, incluso si Jennie me lo pide.

Porque fuera tienes que gatear por la tierra, y todo es verde en lugar de amarillo.

Pero aquí puedo gatear cómodamente por el suelo, y mi hombro encaja justo a la altura de esa larga tira que da la vuelta a la habitación, así que no puedo desviarme de mi camino.

¡Anda, ahí está John en la puerta!

—No te molestes, joven, no puedes abrirla.

¡Cómo llama a la puerta y cómo empuja!

Ahora grita pidiendo un hacha.

Sería una pena echar abajo una puerta tan bonita.

—John, cariño —dije con mi voz más dulce—, la llave está abajo, junto a la escalera frontal, debajo de una hoja de llantén.

Eso lo acalló por unos momentos.

Luego dijo, muy tranquilo en verdad, «¡Abre la puerta, cariño mío!»

—No puedo —dije yo—, la llave está abajo, junto a la puerta de entrada debajo de una hoja de llantén.

Y luego lo repetí otra vez, varias veces, muy suave y despacio, y lo dije tan a menudo que tuvo que ir a verlo, y la encontró, por supuesto, y entró. Se paró de pronto, cerca de la puerta.

—¿Qué es lo que pasa? —gritó. Por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo?

Yo seguí reptando igual que antes, pero miré hacia él, por encima del hombro.

—Por fin he conseguido salir —dije— a pesar de ti y de Jane. Y he arrancado la mayor parte del papel, así que ya no podéis meterme de nuevo dentro.

Y entonces, ¿por qué habría de desmayarse ese hombre? ¡Pues sí, así lo hizo, y justo en medio de mi camino junto a la pared, para que tuviera que gatear por encima de él una y otra vez!

